

estoy tranquila. Por eso me da recelo que te metas en esas cosas de política.

CÉSAR.—No tendría yo que hacerlo si fuera profesor universitario en los Estados Unidos, si ganara lo que este gringo, que es bastante joven. (ELENA se dirige, sin contestar, a la puerta de la cocina.) Elena...

ELENA.—Tengo que ir a la cocina. ¿Qué quieres?

CÉSAR.—Estaba yo pensando que quizás... Ya sabes cuánto se interesan los americanos por las cosas de México...

ELENA.—Si no se interesaran tanto sería mucho mejor.

CÉSAR.—Escucha. Estaba yo pensando que quizás este hombre pueda conseguirme algo allá..., una clase de historia de la revolución mexicana. Sería magnífico.

ELENA.—Desde luego: podrías aprender inglés. Despierta, César, y déjame preparar la cena.

CÉSAR.—¿Por qué me lo echas todo abajo siempre?

ELENA.—Para que no te caigas tú. Me da miedo que te hagas ilusiones con esa velocidad... Siempre has estado enfermo de eso, y siempre he hecho lo que he podido por curarte.

CÉSAR.—Pero ¿no te das cuenta? No hay un hombre en el mundo que conozca mi materia como yo. Ellos lo apreciarán. (ELENA lo mira sonriendo y sale. CÉSAR vuelve a sacar la tarjeta de BOLTON, la mira y le da vueltas entre los dedos mientras pasa a la sala. MIGUEL regresa al mismo tiempo.)

MIGUEL.—(Seco.) ¿Quieres que subamos los libros?

CÉSAR.—(Abstraído en su sueño.) ¿Qué?

MIGUEL.—Los libros. ¿Quieres que los subamos?

CÉSAR.—No..., después..., los he arrinconado en el comedor. (Se sienta y saca del bolsillo un paquete de cigarros de hoja y lía una metódicamente.)

MIGUEL.—(Acercándose un paso.) Papá.

CÉSAR.—(Encendiendo un cigarro.) ¿Qué hay?

MIGUEL.—He reflexionado mientras acompañaba al americano y él hablaba.

CÉSAR.—(Distraído.) Habla notablemente bien el español, ¿te has fijado que pronuncia la «ce»?

MIGUEL.—Probablemente, no tenía yo derecho a decirte todas las cosas que te dije, y he decidido irme.

CÉSAR.—¿Adónde?

MIGUEL.—Quiero trabajar en alguna parte.

CÉSAR.—¿Te vas por arrepentimiento? (MIGUEL no contesta.) ¿Es por eso?

MIGUEL.—Creo que es lo mejor. Ves..., te he perdido el respeto.

CÉSAR.—Creí que no te habías dado cuenta.

MIGUEL.—Pero yo no puedo imponerte mis puntos de vista..., no puedo dirigir tu conducta.

CÉSAR.—¡Ah!

MIGUEL.—Reconozco tu libertad, déjame libre tú también. Quiero dedicar mi tiempo a mi vida.

CÉSAR.—¿Cómo la dirigirás?

MIGUEL.—(Obstinado.) Después de lo que nos hemos dicho..., y me has pegado...

CÉSAR.—(Mirando su mano.) Hace mucho que no lo hacía. Pero no es esa tu única razón. Cuando nos vimos frente a frente, durante aquella huelga..., tú entre los estudiantes, yo con el orden..., me dijiste cosas peores..., un discurso. Y, sin embargo, volviste a cenar a casa..., muy tarde... Yo te esperé. Me pediste perdón. No pensaste en irte...

MIGUEL.—Era otra situación. No quiero seguir viviendo en la mentira.

CÉSAR.—En esta mentira; pero hay otras. ¿Ya escogiste la tuya? Antes era la indisciplina, la huelga...

MIGUEL.—Eso era por lo menos un impulso hacia la verdad.

CÉSAR.—Hacia lo que tú creías que era la verdad. Pero ¿qué frutos te ha dado hasta ahora?

MIGUEL.—No sé..., no me importa. No quiero vivir en tu mentira ya, en la que vas a cometer, sino en la mía. (Violentamente, en un arrebato infantil de los característicos en él.) Papá, si tú quisieras prometerme que no harás nada... (Le echa un brazo al cuello.)

CÉSAR.—Nada... ¿de qué?

MIGUEL.—De lo que quieres hacer aquí con los políticos. Lo dijiste una vez en México y esta noche de nuevo

CÉSAR.—No sé de qué hablas.

MIGUEL.—Sí lo sabes. Quieres usar lo que sabes de ellos

para conseguir un buen empleo. Eso es... *(Baja la voz.)* chantaje.

CÉSAR.—*(Auténticamente avergonzado por un momento.)* No hables así.

MIGUEL.—*(Vehemente, apretando el brazo de su padre.)* Entonces dime que no harás nada de eso. ¡Dimelo! Yo te prometo trábajar en todo, cambiar...

CÉSAR.—*(Tomándole la barba como a un niño.)* Está bien, hijo.

MIGUEL.—*(Cálido.)* ¿Me lo juras?

CÉSAR.—Te prometo no hacer nada que no sea honrado.

MIGUEL.—Gracias, papá. *(Se aleja como para irse. Se vuelve de pronto y corre a él.)* Perdóname todo lo que dije antes. *(Se oye bajar a BOLTON.)*

CÉSAR.—*(Dándole la mano.)* Ve a asearte un poco para cenar.

BOLTON.—*(Entrando.)* ¿No interrumpo?

CÉSAR.—Pase usted; siéntese. *(BOLTON lo hace.)* ¿Un cigarro?

BOLTON.—¡Oh, de hoja! *(Ríe.)* No sé arreglarlos: gracias. *(Saca de los suyos.)* Mucho calor, ¿eh? ¿Fuma usted? *(Ofreciéndole la caja a MIGUEL.)*

MIGUEL.—No, gracias. Con permiso. *(Sale por la izquierda.)*

CÉSAR.—*(Dándole fuego.)* ¿De modo que usted enseña historia latinoamericana, profesor?

BOLTON.—Es mi pasión; pero me interesa especialmente la historia de México. Un país increíble, lleno de maravillas y de monstruos. Si usted supiera qué poco se conocen las cosas de México en mi tierra *(Pronuncia Mehico.)*, sobre todo en el Este. Por esto he venido aquí.

CÉSAR.—¿A investigar?

BOLTON.—*(Satisfecho de explicarse y de entrar en su materia.)* Hay dos casos extraordinarios, muy interesantes para mí, en la historia contemporánea de México. Entonces, mi Universidad me manda en busca de datos, y, además, tengo una beca para hacer un libro.

CÉSAR.—¿Puedo saber a qué casos se refiere usted?

BOLTON.—¿Por qué no? *(Ríe.)* Pero si usted sabe algo, se lo quitaré. Un caso es el de Ambrose Bierce, este ameri-

cano que viene a México, que se une a Pancho Villa y lo sigue a un tiempo. Para mí, Bierce descubrió algo irregular, algo malo en Villa, y por eso Villa lo hizo matar. Una gran pérdida para los Estados Unidos. Hombre interesante. Bierce, gran escritor crítico. Escribió el «Devils Dictionary». Bueno, él tenía esta gran ilusión de Pancho Villa como justiciero; quizá sufrió un desengaño, y lo dijo: era un crítico. Y Villa era como los dioses de la guerra, que no quieren ser criticados..., y era un hombre, y tampoco los hombres quieren ser criticados, y lo mató.

CÉSAR.—Pero no hay ninguna certeza de eso. Ambrose Bierce llegó a México en noviembre de mil novecientos trece; se reunió con las fuerzas de Villa en seguida, y desapareció a raíz de la batalla de Ojinaga. Fueron muchas las bajas; los muertos fueron enterrados apresuradamente, o abandonados y quemados después, sin identificar. Con toda probabilidad, Bierce fue uno de ellos. O bien, fue fusilado por Urbina, en mil novecientos quince, cuando intentó pasarse al ejército constitucionalista. Pero Villa nada tuvo que ver con ello.

BOLTON.—Mi tesis es más romántica, quizá; pero Bierce no era hombre para desaparecer así, en una batalla, por accidente. Para mí, fue deliberadamente destruido. Destruído es la palabra. Sin embargo, usted parece bien enterado.

CÉSAR.—*(Con una sonrisa.)* Algo. Tengo algunos documentos sobre los extranjeros que acompañaron a Villa...: Santos Chocano, Ambrose Bierce, John Reed...

BOLTON.—¿Es posible? ¡Oh, pero entonces usted me será utilísimo! Quizá sabe algo también sobre el otro caso.

CÉSAR.—¿Cuál es el otro caso?

BOLTON.—El de un hombre extraordinario. Un general mexicano, joven, el más grande revolucionario, que inició la revolución en el Norte, hizo comprender a Madero la necesidad de una revolución, dominó a Villa. A los veintitrés años era general. Y también desapareció una noche..., destruido como Ambrose Bierce.

CÉSAR.—*(Pausadamente.)* ¿Se refiere usted a César Rubio!

BOLTON.—¡Oh, pero usted sabe! Si yo pudiera encontrar documentos sobre él, los pagaría muy caros; mi Uni-

versidad me respalda. Porque todos creen hoy que César Rubio es una «saga», un mito.

CÉSAR.—(*Echando la cabeza hacia atrás, con el gesto de recordar.*) General a los veintitrés años y el más extraordinario de todos, es cierto. Pocás gentes saben que se levantó en armas precisamente a raíz de la entrevista Creelman-Díaz, el cinco de septiembre de mil novecientos ocho. Se levantó aquí, en el Norte, y se dirigió a Monterrey con cien hombres. En Hidalgo..., mientras el general Díaz y cada gobernador repetían el grito de independencia, un destacamento federal barrió a todos los hombres de César Rubio. Solo él y dos compañeros suyos quedaron con vida.

BOLTON.—(*Anhelante.*) Sí, sí.

CÉSAR.—César fue entonces a Piedras Negras, donde entrevistó a don Pancho Madero y lo convenció de la necesidad de un cambio, de una revolución. Madero se decidió entonces, y solo entonces, a publicar «La sucesión presidencial». Mientras en todo el país se celebraban las fiestas del centenario, Rubio sostuvo las primeras batallas, recorrió toda la República, puso en movimiento a Madero, agitó a algunos diputados y preparó las jornadas de noviembre. No hubo un solo disfraz que no usara, una sola acción que no acometiera, aunque lo perseguía toda la policía porfirista.

BOLTON.—(*Excitadísimo.*) ¿Está usted seguro? ¿Tiene documentos?

CÉSAR.—Tengo documentos.

BOLTON.—Pero entonces, esto es maravilloso..., usted sabe más que ningún historiador mexicano.

CÉSAR.—(*Con una sonrisa extraña.*) Tengo mis motivos. (*Entra ELENA de la cocina, y aunque sin escuchar ostensiblemente, sigue la conversación a la vez que sale y vuelve, disponiendo la mesa para la cena. CÉSAR se vuelve con molestia para ver quién ha entrado.*)

BOLTON.—Pero lo más importante de Rubio no es esto.

CÉSAR.—¿Se refiere usted a la crítica del gobierno de Madero?

BOLTON.—No, no; eso, como el levantamiento contra Huerta, como sus... (*Busca la palabra.*) disensiones con Carranza, Villa y Zapata, pertenece a su fuerte carácter.

CÉSAR.—¿A qué se refiere usted entonces? (*ELENA sale.*)

BOLTON.—A su desaparición misma, a su destrucción..., una cosa tan fuera de su carácter, que no puede explicarse. ¿Por qué desapareció este hombre en un momento tan decisivo de la Revolución, para dejar el control a Carranza? No creo que haya muerto; pero si murió, ¿cómo, por qué murió?

CÉSAR.—(*Sonador.*) Sí, fue el momento decisivo, ¿verdad?..., una noche de noviembre de mil novecientos catorce.

BOLTON.—¿Sabe usted algo sobre eso? Dígamelo, deme documentos. Mi Universidad los pagará bien. (*Vuelve ELENA; CÉSAR la ve.*)

CÉSAR.—(*Despertando.*) Su Universidad... Hace poco hablaba yo a mi esposa de las universidades de ustedes; son grandes.

BOLTON.—¡Oh! Fuera de Harvard, usted sabe..., distinguidas, quizá; pero jóvenes, demasiado jóvenes. Pero hablemos más de este asunto. (*CÉSAR se vuelve a mirar hacia ELENA, que en este momento permanece de espaldas, pero en toda apariencia sin hacer nada que le impida escuchar.*) No tenga usted recelo a darme informes. Mi Universidad tiene mucho dinero para invertir en esto.

CÉSAR.—Una noche de noviembre de mil novecientos catorce..., pronto hará veinticuatro años. (*Vuelve a mirar hacia ELENA, que dispone la mesa.*) ¿Por qué tiene usted tanto interés en esto?

BOLTON.—Personalmente, tengo, más que interés..., entusiasmo por México, una pasión; pero ningún hombre en México me ha interesado como este César Rubio. (*Rie.*) He acabado por contagiar a toda mi Universidad de entusiasmo por este héroe. (*ELENA sale y regresa en seguida, fingiéndose atareada.*)

CÉSAR.—(*Observando a ELENA mientras habla.*) ¿Y por qué este héroe y no otro tradicional, más... convencional, como Villa, o Madero, o Zapata? Ustedes los americanos admiran mucho a Villa desde que hizo andar a Pershing a salto de mata.

BOLTON.—(*Sonriendo.*) Pero ¿no comprende usted, que sabe tanto de César Rubio? El es el hombre que explica

la revolución mexicana, que tiene un concepto total de la revolución y que no la hace por cuestión de gobierno, como unos, ni para el Sur, como otros, ni para satisfacer una pasión destructiva. Es el único caudillo que no es político, ni un simple militarista, ni una fuerza ciega de la Naturaleza..., y, sin embargo (ELENA sale.), manda a los políticos, somete a los bandidos, es un gran militar... pacifista, si puedo decir así.

CÉSAR.—Decía usted que su Universidad tiene mucho dinero... ¿Cuánto, por ejemplo?

BOLTON.—(Un poco desconcertado por lo directo de la pregunta.) No sé. A mí me han dado una suma para mi trabajo de búsqueda, pero podría consultar... si viera los documentos. (JULIA entra de la cocina, cruza y se dirige a la puerta izquierda, saliendo. CÉSAR la sigue con la vista, sin dejar de hablar, hasta que desaparece.)

CÉSAR.—Parece que desconfía usted.

BOLTON.—No soy yo quien puede comprar; es Harvard.

CÉSAR.—(Dudando.) Ustedes lo compran todo.

BOLTON.—(Sonriendo.) ¿Por qué no, si es para la cultura?

CÉSAR.—Los códices, los manuscritos, los incunables, las joyas arqueológicas de México; comprarían a Taxco, si pudieran llevárselo a su casa. Ahora le toca el turno a la verdad de César Rubio.

BOLTON.—(Ante lo inesperado del ataque.) No entiendo. ¿Está usted ofendido? Hace un momento parecía comunicativo.

CÉSAR.—También a mí me apasiona el tema. Pero todo lo que poseo es la verdad sobre César Rubio..., y no podría darla por poco dinero... ni sin ciertas condiciones.

BOLTON.—Yo haré lo posible por hacer frente a ellas.

CÉSAR.—(Desilusionado.) Ya sabía yo que regatearía usted.

BOLTON.—Perdón; es una expresión inglesa..., hacer frente a sus condiciones, es decir... (Buscando.), ¡oh!, satisfacerlas.

CÉSAR.—Eso es diferente. (Reenciende su cigarro de hoja.) Pero ¿tiene usted una idea de la suma?

BOLTON.—(Incómodo: esta actitud en un mexicano es inesperada.) No sé bien. Dos mil dólares..., tres mil, tal vez.

CÉSAR.—(Levantándose.) Se me figura que tendrá usted que buscar sus informes en otra parte... y que no los encontrará.

BOLTON.—Oh, siento mucho. (Se levanta.) Si es una cuestión de dinero, podrá arreglarse. La Universidad está interesada..., yo estoy... apasionado, le digo. ¿Por qué no dice usted una cifra? (ELENA entra de la cocina.)

CÉSAR.—Yo diría una. (Mirando hacia ELENA y bajando la voz, con cierta impaciencia.) Yo diría diez mil.

BOLTON.—(Arqueando las cejas.) ¡Oh, oh! Es mucho. (Con sincero desaliento.) Temo que no aceptarán pagar tanto.

CÉSAR.—(Haciendo seña de salir a ELENA, que lo mira.) Entonces lo dejaremos allí, señor... (Busca la tarjeta del norteamericano en las bolsas de su pantalón; la encuentra, la mira.), señor Bolton. (Juega con la tarjeta.)

BOLTON.—Sin embargo, yo puedo intentar..., intentaré...

CÉSAR.—Una noche de noviembre de mil novecientos catorce, señor Bolton, la noche del diecisiete de noviembre, para ser más preciso, César Rubio atravesaba con su asistente y dos ayudantes un paso de la sierra de Nuevo León para dirigirse a Monterrey y de allí a México, donde tenía cita con Carranza. Había mandado por delante un destacamento explorador, y a varios kilómetros le seguía el grueso de sus fuerzas. En ese momento Rubio tenía el contingente mejor organizado y más numeroso, y todos los triunfos en la mano. Era el hombre de la situación. Sin embargo, su ejército no lo alcanzó nunca, aunque siguió adelante esperando encontrarlo. Cuando se reunió con el destacamento explorador en San Luis Potosí, diez días después, la oficialidad se enteró de que su jefe había desaparecido. Con él desaparecieron sus dos ayudantes, uno de los cuales era su favorito, y su asistente.

BOLTON.—Pero ¿qué pasó con él?

CÉSAR.—Eso es lo que vale diez mil dólares.

BOLTON.—(Excitado.) Yo le ofrezco a usted completar

esa suma con el dinero de mi beca, con una parte de mis ahorros, si la Universidad paga más de seis. ¿Tiene usted confianza?

CÉSAR.—Sí.

BOLTON.—¿Tiene usted documentos?

CÉSAR.—(Después de una breve duda.) Sí.

BOLTON.—Entonces, dígame..., me quiero por saber...

CÉSAR.—En un punto que puedo enseñarle, el ayudante favorito de César Rubio disparó tres veces sobre él y una sobre el asistente, que quedó ciego.

BOLTON.—¿Y qué pasó con el otro ayudante? Usted dijo dos.

CÉSAR.—(Vivamente.) No..., uno, su ayudante favorito. Rubio, antes de morir, alcanzó a matarlo... Era el capitán Solís.

BOLTON.—Pero usted decía que el ejército no se reunió nunca con César Rubio. Si seguía el mismo camino, tuvo que encontrar los cuerpos. Y se sabe que el cuerpo de él no apareció nunca; no sé los otros.

CÉSAR.—Cuando usted vea el lugar, comprenderá. Rubio se desvió del camino sin darse cuenta, conversando con el ayudante. Más bien, el ayudante se encargó de desviarlo. Seguían marchando hacia Monterrey, pero no en línea recta. Se apartaron cuando menos un kilómetro hacia los montes.

BOLTON.—Pero ¿quién ordenó este crimen?

CÉSAR.—Todo... Las circunstancias, los caudillos que se odiaban y procuraban exterminarse entre sí..., y que se asociaron contra él.

BOLTON.—¿Y los cuerpos, entonces?

CÉSAR.—Los cuerpos se pudrieron en el sitio, en una oquedad de la falda de un cerro.

BOLTON.—¿El asistente?

CÉSAR.—Escapó, ciego. El registró los cadáveres cuando su dolor físico se lo permitió... El me contó a mí la historia.

BOLTON.—¿Y qué documentos tiene usted?

CÉSAR.—Tengo actas municipales acerca de sus asaltos, informes de sus escaramuzas y combates, versiones taquigráficas de algunas de sus entrevistas..., una de ellas con

Madero, otra con Carranza. El capitán Solís era un buen taquígrafo.

BOLTON.—No, no. Quiero decir... ¿qué pruebas de su muerte?

CÉSAR.—Los papeles de identificación de César Rubio..., un telegrama manchado con su sangre, por el que Carranza lo citaba en México para diciembre.

BOLTON.—¿Nada más?

CÉSAR.—Solís tenía también un telegrama en clave, que he logrado descifrar, donde le ofrecían un ascenso y dinero si pasaba algo que no se mencionaba..., pero sin firma.

BOLTON.—¿Eso es todo lo que tiene? (Súbitamente desconfiado.) ¿Por qué está usted tan íntimamente enterado de estas cosas?

CÉSAR.—El asistente ciego me lo dijo todo.

BOLTON.—No...; digo sobre estas cosas...; antes me ha dicho usted detalles desconocidos de la vida de César Rubio que ningún historiador menciona. ¿Cómo ha hecho usted para saberlo?

CÉSAR.—(Con su sonrisa extraña.) Soy profesor de historia, como usted, y he trabajado muchos años.

BOLTON.—¡Oh, somos colegas! ¡Me alegro! Es indudable que entonces... ¿Por qué no ha puesto usted todo esto en un libro?

CÉSAR.—No lo sé... Inercia; la idea de que hay demasiados libros me lo impide, quizá..., o soy infecundo, simplemente.

BOLTON.—No es verosímil. (Se golpea los muslos con las manos y se levanta.) Perdóneme, pero no lo creo.

CÉSAR.—(Levantándose.) ¿Cómo?

BOLTON.—No lo creo..., no es posible.

CÉSAR.—No entiendo.

BOLTON.—Además, es contra toda lógica.

CÉSAR.—¿Qué?

BOLTON.—Esto que usted cuenta. No es lógico un historiador que no escribe lo que sabe. Perdone, profesor; no creo.

CÉSAR.—Es usted muy dueño.

BOLTON.—Luego, estos documentos de que habla no va-

len diez mil dólares..., que son cincuenta mil pesos, perdone mi traducción..., ni prueban la muerte de Rubio.

CÉSAR.—Entonces, busque usted por otro lado.

BOLTON.—(Brillante.) Tampoco es lógico, sobre todo. Usted sabe qué hombre era César Rubio..., el caudillo total, el hombre elegido. ¿Y qué me da? Un hombre como él, matado a tiros en una emboscada por su ayudante favorito.

CÉSAR.—No es el único caso en la revolución.

BOLTON.—(Escéptico.) No, no... ¿El que era el amo de la revolución, muere así nada más..., cuando más necesario era? Me habla usted de cadáveres desaparecidos, que nadie ha visto; de papeles que no son prueba de su muerte.

CÉSAR.—Pide usted demasiado.

BOLTON.—El enigma es grande. Y la teoría parece absurda. No corresponde al carácter de un hombre como Rubio, con una voluntad tan magnífica de vivir, de hacer una revolución sana; no corresponde a su destino. No lo creo. (Se sienta con mal humor y desilusión en uno de los sillones.)

CÉSAR.—(Después de una pausa.) Tiene usted razón; no corresponde a su carácter ni a su destino. (Pausa. Pasea un poco.) Y bien, voy a decirle la verdad.

BOLTON.—(Iluminado.) Yo sabía que eso no podía ser cierto.

CÉSAR.—La verdad es que César Rubio no murió de sus heridas.

BOLTON.—¿Cómo explica usted su desaparición, entonces? ¿Un secuestro hasta que Carranza ganó la revolución?

CÉSAR.—(Con lentitud, como reconstruyendo.) Rubio salió de la sierra con su asistente ciego.

BOLTON.—Pero ¿por qué no volvió a aparecer? No era capaz de emigrar ni de esconderse.

CÉSAR.—(Dubitativo, pausado.) En efecto..., no era capaz. Sus heridas no tenían gravedad; pero enfermó a consecuencia de ellas..., del descuido inevitable..., tres, cuatro meses. Entre tanto, Carranza promulgó la ley del seis de

enero de mil novecientos quince, en Veracruz, como último recurso, y ganó la primera jefatura de la revolución. Esto agravó la enfermedad de César, y...

BOLTON.—No me diga usted ahora que murió de enfermedad, en su cama, como..., como un profesor.

CÉSAR.—(Mirándolo extrañado.) ¿Qué quiere usted que le diga entonces?

BOLTON.—La verdad..., si es que usted la sabe. Una verdad que corresponda al carácter de César Rubio, a la lógica de las cosas. La verdad siempre es lógica.

CÉSAR.—Bien. (Duda.) Bien. (Pequeña pausa.) Enfermó más gravemente..., pero no del cuerpo, cuando supo que la revolución había caído por completo en las manos de gente menos pura que él. Encontró que lo habían olvidado. En muchas regiones ni siquiera habían oído hablar de él; que era el autor de todo...

BOLTON.—Si hubiera sido americano, «habría» tenido gran publicidad.

CÉSAR.—Los héroes mexicanos son diferentes. Encontró que lo confundían con Rubio Navarrete, con César Treviño. La popularidad de Carranza, de Zapata y de Villa, sus luchas, habían ahogado el nombre de César Rubio. (Se detiene.)

BOLTON.—Eso suena más humano, más posible...

CÉSAR.—Su enfermedad lo había debilitado mucho. El desaliento retardó su convalecencia. Cuando quiso volver, después de más de un año, fue inútil. No había lugar para él.

BOLTON.—(Impresionado.) Sí..., sí, claro. ¿Qué hizo?

CÉSAR.—Su ejército se había disuelto, sus amigos habían muerto en las grandes matanzas de aquellos años..., otros lo habían traicionado. Decidió desaparecer.

BOLTON.—¿Va usted a decirme ahora que se suicidó?

CÉSAR.—(Con la misma extraña sonrisa.) No, puesto que usted quiere la verdad lógica.

BOLTON.—¿Bien?

CÉSAR.—Se apartó de la revolución completamente desilusionado y pobre.

BOLTON.—(Con ansiedad.) Pero ¿vive?